

## EL MUNDO DEL ISLAM DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Uno de los efectos más curiosos que la segunda Guerra Mundial produjo respecto al conjunto de los países nacionales y los otros territorios intercalados en las zonas que, entre el Norte de Africa y el semi-continente indostánico, habían sido envueltos y casi unificados por la civilización musulmana durante la Edad Media y el comienzo de la Moderna, fue el de los cambios de nombres. Entre ellos la generalización de la denominación anglosajona de «Middle East», para designar el conjunto geográfico que aproximadamente incluye en sus extremos a Egipto y Afganistán (comprendiendo en su centro a Turquía, Arabia, Sudán, etc.), ha resultado a veces originaria de complicaciones locales o por lo menos de grandes confusiones. Los nombres anteriores de «Próximo Oriente» y «Cercano Oriente» correspondían mejor a las posiciones de emplazamiento respecto a Europa meridional. Además, dicho sector comprende muy aproximadamente al «Antiguo Oriente» de la historia universal, donde entraban las zonas semíticas: el Asia Menor, las tierras ario-iraníes, las tierras del Nilo, etc. El nombre «Middle East» o Cercano Oriente hace creer que sus países sean el centro de algo, cuando en realidad siempre sirvieron como una portada o puente para pasar desde lo mediterráneo occidental hacia otros espacios remotos y diferentes, como los del Asia búdico-brahmánica.

Realmente la frase de «Middle East» fue puesta en circulación sólo por ciertas momentáneas necesidades tácticas y administrativas de los Ejércitos aliados contra el Eje. Después se continuó usando por rutina o por comodidad, hasta que poco a poco ha ido refiriéndose a un conjunto de nuevos problemas que con el título de «El problema del Oriente Medio» aparecen en la Prensa diaria, para designar principalmente los conflictos del Estado

de Israel con los Estados árabes contiguos y los efectos que sobre dichos conflictos producen las influencias de las mayores grandes potencias.

En la práctica resulta que el concepto usual de Oriente Medio tiende a demostrar que designa una nueva etapa totalmente distinta a la que durante el siglo XIX y hasta 1924 constituyó la «cuestión de Oriente» referente a la gradual decadencia y final desaparición del Imperio-Jalifato turco de Estambul. Entonces las grandes fuerzas expansivas sucesivas de Napoleón en el Mediterráneo y el núcleo de Europa; la Rusia de los Zares empujando hacia el Sur, y los Imperios austrohúngaro y alemán presionando hacia el Este, consideraban al Sultanato Osmanlí como un tapón para sus contrapuestas ambiciones. Al final, cuando dicho Sultanato desapareció, después de que la Rusia imperial se había hundido, igual que los Imperios centrales, ya no hubo más fuerzas de presión exterior sobre el Cercano Oriente que las de Gran Bretaña y Francia.

Entonces se dejó de creer que el Este del Mediterráneo constituyese ningún conjunto político especial, y como tanto Francia como el Reino Unido eran las dos principales potencias coloniales del momento, incluyeron los territorios que ellos habían obtenido del pasado poder turco dentro de las generalidades del sistema de sus colonialismos. Así, a los mandatos implantados por la Sociedad de Naciones sobre Iraq, Siria y Líbano, Palestina, etcétera, correspondían los concedidos en Africa tropical sobre Camerún, Togo o el Africa del Sudeste. El islamismo propiamente dicho (es decir el de las creencias religiosas y los estatutos personales) no sólo siguió existiendo, sino incluso ganando terreno en los archipiélagos malayos o el Africa negra. Pero después de que la Turquía republicana surgió no sólo con formas laicas, sino con una definición local netamente territorial, los Estados de expresión árabe que fueron creándose después de unas largas luchas locales (aisladas y separadas) para irse emancipando de lo colonial, no se ocuparon para nada de invocar el islamismo. Sobre todo porque en los países de lengua árabe el concepto del «panarabismo» ha venido incluyendo igualmente a sus ciudadanos musulmanes y cristianos.

La primera Guerra Mundial implantó en el Cercano Oriente las evoluciones de los nacionalismos sueltos y de sus posibles agrupaciones regionales parciales, entre las cuales se intentaban las del Valle del Nilo, la «Gran Siria», la de una Arabia entera, etc. El fracaso de la campaña del general Rommel, que apuntaba hacia el canal de Suez y más allá, lo mismo que el haber descuidado Hitler apretar hacia el Iraq y el Irán, que le eran propi-

cios (después de haber ocupado Grecia), apuntando hacia la India por el Oeste, mientras el Japón lo hacía por el Este, originó el triunfo de la contraofensiva aliada, que llevó desde El Alamein hasta Italia, contribuyendo después al éxito de los posteriores desembarcos en los países berberiscos y en Normandía. Los vencedores vieron en 1945 lo que Napoleón había visto en 1798, es decir, que desde Egipto y alrededor de Egipto, el Cercano Oriente es uno de los mayores centros estratégicos internacionales naturales.

Así ha nacido la verdadera «cuestión de Oriente» contemporáneo, que en realidad es aquella que sus pueblos y sus razas locales definen como «el trigo entre dos piedras de molino». Las dos piedras son por ahora la Casa Blanca de Washington y el Kremlin de Moscú. La mayor diferencia entre la cuestión de ahora y la del siglo XIX es que el centro de las tensiones ha bajado desde el Bósforo y los Dardanelos hasta la península del Sinaí y el canal de Suez.

La otra supuesta «cuestión de Oriente», que las Agencias de Prensa tratan de reducir a los problemas relacionados con la existencia de Israel, es sólo una consecuencia, no una causa.

Israel, el sionismo, las adaptaciones de éste a las posiciones de las grandes potencias y las derivaciones (más o menos negativas) del referido sionismo no sólo respecto a los pueblos árabes, sino a los otros núcleos judíos dispersos por el resto del mundo, han tenido grandes cambios que han respondido a las tres etapas de la caída del otomanismo, la construcción de naciones sueltas y las «piedras de molino». En la primera etapa, bajo el reinado del sultán turco Abdul Hamid II (1876-1909) y su sucesor Mohamed V (hasta 1918), el establecimiento judío permanente en Palestina, que el fundador del sionismo, Teodoro Herzl, propuso al mismo sultán Abdul Hamid, era sólo una especie de asentamiento filantrópico autónomo creado por judíos, pero dentro de la soberanía teórica de Estambul. Al entrar Turquía en la guerra junto a la Alemania del Kaiser, el destino de ambas (sobre todo de Alemania) quedó en gran parte determinado por el sionismo.

La declaración Balfour, hecha en noviembre de 1917 por el ministro británico del Exterior a lord Rothschild, como presidente de una Federación sionista, hizo entrar a los continuadores de Herzl en la etapa (más o menos disimulada) de la creación de una nación específicamente judía. Sabido es que la declaración Balfour tuvo como más urgente objetivo el de que las potencias aliadas obtuviesen el apoyo de los potentes núcleos judíos que vivían en el seno de los Imperios alemán y austro-húngaro. El establecimien-

to de los judíos sionistas dentro del mandato que la Sociedad de Naciones había concedido a Gran Bretaña en Palestina era para los gobernantes ingleses un aspecto secundario. E incluso hubo un momento en que dichos gobernantes pensaron utilizar a los sionistas como adelantados en el Cercano Oriente de la acción imperial británica. Aunque los sionistas hicieron lo contrario, es decir, utilizar los recursos británicos al servicio de su «Hogar Nacional Judío». La segunda Guerra Mundial les proporcionó la mejor ocasión, porque al aprovechar Inglaterra en sus campañas de Libia y de Italia las formaciones militares organizadas en Palestina por los sionistas, originó luego que estas formaciones sirviesen de núcleo a la movilización total permanente de toda la población sionista, creando así el Ejército más potente de todo el Mediterráneo oriental. Ejército al servicio del Estado de Israel, que es un Estado expansionista de estructura casi imperial.

El paso desde la segunda etapa del Hogar Nacional judío en Palestina hacia la segunda etapa de un Estado judío de Palestina, o sea, Israel, se dio en mayo de 1942, con el llamado Congreso Biltmore. Aquel nombre era el del hotel de Nueva York donde tuvo lugar. Se trataba de un Congreso Sionista Mundial, cuyas resoluciones consistieron en hacer de Palestina un Estado exclusivamente sionista. El Programa Biltmore de 1942 tuvo tanta trascendencia como la Declaración Balfour de 1917, porque fue personalmente apoyado por el presidente Roosevelt de los Estados Unidos. Desde entonces el principal recurso del sionismo, y desde 1948 del Estado de Israel, fueron las afluencias de dólares. A los cuales se añadieron después de 1945 las sumas de las llamadas reparaciones que Alemania Federal se vio obligada a entregar cada año a los sionistas.

Entre tanto los árabes y los arabizados del Próximo Oriente, mucho más numerosos que los judíos, pero más disgregados y desorganizados, habían seguido unos caminos ideológicos paralelos a los del sionismo en sus comienzos. En 1879 surgió en El Cairo el primer partido político que actuó en un país de estructura arabizada con un programa árabe localista. Fue el *Jizb Uatani al jorr* (partido nacionalista libre), que se oponía al predominio de la nobleza dirigente en Egipto, la cual era de orígenes otomano-macedonio-albaneses. Dos años después, o sea, el 1881, surgió en Odessa el primer sionismo del movimiento de los *Hovevei Zion* (Los que aman a Sión), creado por judíos de Rusia que huían de las persecuciones y fundaron su primer poblado en Palestina con el nombre Richón le Zión (Primero en Sión). En cuanto al período desde 1896 hasta 1904, fue el de la acción de Teodoro

Herzl para crear la Organización Sionista Mundial, pero también el de la definición del panarabismo político. En 1896 se celebró en París el primer Congreso árabe general, con delegados de Siria, Líbano, Palestina, Egipto, Iraq, etc., bajo la presidencia del egipcio Mustafá Kamel. Y en 1897 fue el primer Congreso Sionista, en Basilea.

La mayor diferencia en la actuación de los sionistas y de los panarabistas durante los años que precedieron y siguieron a la segunda Guerra Mundial fue que los sionistas actuaban fuera del Imperio otomano con un plan único bien determinado y sostenido desde algunos de los mayores sectores político-financieros de París, Viena, Londres, Nueva York, Berlín, etc. En cambio, los panarabistas actuaban sueltos y con un programa vacilante que nació del azar y fue plegándose a las circunstancias de cada momento. Así, entre 1896 y 1913 los panarabistas aspiraban a que el Sultanato de Estambul se convirtiese en un doble Estado turco-árabe (un poco al modo de lo que era entonces el Imperio austro-húngaro). En el primer Parlamento otomano, elegido en noviembre de 1908 hubo cincuenta y cinco diputados árabes favorables al plan de la Monarquía doble. Aunque cambiaron de opinión porque posteriormente fueron reprimidos.

Los acuerdos de la paz de Versalles y los derivados, como el Tratado de Sévres, trataron de partir todo el Oriente islámico en infinitos pedazos para diversas dominaciones exteriores. Turquía, Irán y Afganistán rechazaron toda intervención y se hicieron nuevas independencias con normas modernas. Pero los territorios de lengua arábiga en el Cercano Oriente quedaron partidos en once pedazos. Siete bajo ocupación francesa y sólo dos independientes; pero estos últimos (Saudía y Yemen) acaso lo eran por demasiado pobres, ya que aún no se había descubierto su petróleo ni sus otras posibilidades.

La creación de la Liga Árabe en El Cairo, desde marzo de 1945 fue el primer acontecimiento señalado del Cercano Oriente cara a la postguerra, pues el Pacto de la Liga fue firmado dos meses antes de la derrota europea de la Alemania hitleriana. Lo firmaron siete países, es decir: Egipto, Iraq, Transjordania, Siria, Líbano, Arabia Saudita y el Yemen. Pero ninguno de los siete gozaba entonces de plena independencia ni de soberanía. Los tres primeros estaban bajo ocupaciones y semiprotectorados ingleses; los otros dos comenzaban a desprenderse de la acción francesa, Arabia Saudita era teatro de presiones exteriores diversas, y el Yemen estaba tan atrasado, que apenas representaba poco más que una expresión geográfica. En realidad, la

Liga ligaba muy poco, pues su Pacto tenía cláusulas como la del artículo 7.º, según el cual las decisiones mayoritarias del Consejo sólo obligaban a aquellos Estados que las aceptasen. Sus poderes efectivos eran los de una especie de Comisión mixta de componenda para evitar que los pleitos entre los Estados miembros tratasen de ser resueltos por la fuerza. Aunque, en cambio, rendía evidentes servicios para unificar sus sistemas educativos, sus relaciones económicas, sus servicios informativos, etc.

La proclamación del Estado de Israel, en mayo de 1948, y la inmediata intervención militar de cinco Estados de la Liga (Egipto, Transjordania, Siria, Líbano e Iraq) fue un esfuerzo prematuro para todos ellos no sólo porque no tenían más que fuerzas simbólicas (aparte de la Legión Árabe de Amman) ni plan de operaciones ni mando común, sino porque los gobernantes de unos Estados recelaban de los otros, y así, por ejemplo, las tropas egipcias, las transjordanas y las del núcleo sirio-iraquíano avanzaban contradictoriamente. Hasta que la tregua impuesta por la O. N. U. les hizo perder las ventajas iniciales.

Entre tanto llegó el año 1950, que representó, sin duda, el comienzo de la fase contemporánea para el Cercano Oriente entero, sobre todo porque sus diversos componentes experimentaron cambios a la vez. En la Liga Árabe fue firmado un pacto de defensa colectiva y otro para un Consejo Económico que era un principio de articulación. Al mismo tiempo la Liga fue oficialmente reconocida por la Asamblea General de la O. N. U. como un organismo regional de dicha O. N. U. Transjordania se transformó en Jordania después que se agregó la orilla oeste del Jordán en Palestina. En Túnez el partido nacionalista Neo-Destur, de Habib Burguiba, apuntó las bases de una futura independencia que debería ir acercando el Norte de Africa al sistema de la Liga de El Cairo. Y en Turquía se inició una efectiva aproximación a los otros países vecinos (de los que Turquía se había distanciado), porque el jefe del Estado, Bayar, y el del Gobierno, Menderes, iniciaron una vuelta parcial al turquismo tradicional.

En el año 1951, dentro del sector árabe, Egipto denunció el anterior Tratado con Inglaterra y se proclamó la independencia de Libia, aunque el gran acontecimiento oriental fue la nacionalización de los petróleos persas o iraníes por el jefe del Gobierno de Teherán, doctor Mossadeq. Aquel intento de Mossadeq fracasó en 1953, pero fue un estímulo que alentó los deseos nacionalistas populares en toda la región. Por ello, y como reacción contra los Gobiernos árabes que fracasaron respecto a Palestina, fue asesi-

nado en Jerusalén el rey Abdullah de Jordania y se desgastó el prestigio de la Monarquía egipcia hasta provocar la revolución militar de julio de 1952, cuyas figuras salientes eran el general Naguib y el teniente coronel Abdel Nasser. El año 1953 vio salir de su país a otro rey, Mohamed V de Marruecos, pero con el disgusto de su pueblo y por obra del residente francés. En Egipto fue proclamada la República, hasta que en 1954 quedó Abdel Nasser como presidente y único dirigente, logrando la total evacuación británica. En Argelia comenzó el levantamiento que debería llevar a la independencia de 1962. Túnez obtuvo la autonomía interna. Y fuera del sector árabe, el gran acontecimiento de 1954 fue la instauración de una dirección estatal militar en Pakistán, que había iniciado su independencia en 1947 y era ya de hecho la primera nación musulmana del mundo.

En febrero de 1955 los intentos turcos de Bayar y Menderes para acercarse a sus vecinos árabes se fijaron, por medio de Gran Bretaña con el Gobierno anglófilo del Iraq, en el Pacto de Bagdad, que unió al Iraq con Turquía e Inglaterra, agregándose más tarde Irán y Pakistán, y se pensaba que se hubiese agregado posiblemente Arabia, pero Egipto encabezó una resistencia de los demás Estados árabes contra dicho Pacto. Luego el 1956 señaló una serie de éxitos para los nacionalismos árabes, pues Marruecos, Túnez y el Sudán obtuvieron sus independencias. En noviembre fue el ataque anglo-francés-israelí al canal de Suez, fracasado por la acción conjunta de Norteamérica, la U. R. S. S. y la O. N. U. En 1957 el presidente norteamericano lanzó su Doctrina Eisenhower para reglamentar y organizar el Próximo Oriente, ofreciendo toda clase de ayuda norteamericana a sus países; pero casi todos lo rechazaron, molestos por la afirmación de que en aquel Oriente, Norteamérica trataba «de llenar un vacío».

El 1958 fue para los árabes el año de la fusión de Egipto con Siria para crear la República Árabe Unida (que duró sólo hasta el 1961) y de la proclamación de la República del Iraq, en julio. Fuera de los sectores del arabismo, dos acontecimientos fueron la toma del Poder en Pakistán por el general Ayub Jan, y en la U. R. S. S., la concentración de las riendas del Estado soviético en las manos de Jruschov, que intensificó la acción de penetración en los países árabes.

Los años que siguieron hasta 1964 representaron en cierto modo una fase de transición, pero en ella hubo dos acontecimientos. En Turquía se dio un golpe militar encabezado por el general Gursel, como consecuencia del cual fue destituido el presidente de la República y condenado a muerte el

jefe del Gobierno. En Pakistán, el presidente, mariscal Ayub Jan, constituyó las «Democracias básicas», las cuales posteriormente fueron imitadas en varios países que implantaron el llamado «Socialismo árabe».

Entre 1964 y 1965 los principales cambios fueron los del sistema árabe, pues se trató de que mientras los organismos de la Liga de El Cairo siguiesen sirviendo para asuntos de trámite, las decisiones importantes se tomasen en una «Conferencia cumbre», donde los jefes de Estado o sus representantes deliberasen directamente. La primera «cumbre» fue en El Cairo, en enero de 1964; la segunda, en Alejandría, en septiembre; la tercera, en Casablanca, en septiembre de 1965. En 1966 se aplazó indefinidamente otra que debía haberse celebrado en Argel. En la primavera del 1967 no se pudo llegar a reunir otra que debería haberse celebrado a propuesta del rey Hassan II de Marruecos. Y a la cuarta «cumbre», que se reunió en Jartum en septiembre de 1967, con el objeto de examinar las consecuencias de la guerra de junio con Israel, sólo asistieron tres jefes de Estado y las decisiones adoptadas fueron negativas más que afirmativas.

Al celebrarse la reunión de Jartum los Estados miembros de la Liga Árabe habían llegado a ser trece, es decir, nueve en el Cercano Oriente y cuatro en la conocida como Africa del Norte, o sea, la de los países berberiscos. Los del Oriente: Egipto, Sudán, Jordania, Líbano, Siria, Iraq, Kuwait, Arabia Saudita y Yemen. Los berberiscos (o del Magreb) eran Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. Al fin del mismo año se agregó en el lado oriental el Yemen del Sur como décimocuarto miembro. Entre todos reúnen casi cien millones de habitantes. Este dato estadístico es una fuente de confusiones y contradicciones. Por ejemplo, antes y después de la «guerra de los seis días» se dijo por varias partes que los cien millones de árabes se habían enfrentado con dos millones de judíos. Pero los 300.000 combatientes de Israel se enfrentaron con 80.000 egipcios y 40.000 jordanos (aparte de los 20.000 hombres que envió Siria, pues el resto de sus tropas se quedó en Damasco, en previsión de sublevaciones internas). Iraq sólo prestó ayuda de palabra, como igualmente Arabia Saudita, y los contingentes que iban desde Africa del Norte se quedaron a mitad del camino. Y que la derrota no se debió a una incapacidad natural de los combatientes árabes, sino a la confusa organización de los mandos, lo ha probado el que después la acción de los guerrilleros palestineses haya ocasionado más preocupaciones a Israel que el enfrentamiento con los ejércitos regulares.

El año 1968, después de veinte años de diversos ensayos y múltiples ex-



periencias, el error de la Liga Árabe al planear la primera acción frente a Israel el 1948 no sólo se ha sostenido, sino que se ha agravado. Consiste en que si casi todos los movimientos políticos locales y una gran parte de los gobernantes están de acuerdo en desear que los países de idioma y espíritu árabes coordinen completamente sus acciones e incluso lleguen a formar una especie de federación, en realidad cada país o cada dirigente destacado quisiera hacer la federación a su modo y en su propio provecho.

Entre tanto, la más reciente actitud común de los Estados vinculados dentro del sistema de la Liga Árabe está ahora completamente vuelta de cara hacia lo mundial. La Liga pone su mayor atención y su mayor interés en las deliberaciones de las Naciones Unidas, en el sentido de saber si la O. N. U. podrá lograr obligar al Estado de Israel a aceptar y cumplimentar la resolución que el Consejo de Seguridad aprobó el 22 de noviembre de 1967 para que las tropas israelíes se retiren de los territorios que ocupó en junio anterior, como requisito previo para unas negociaciones de paz efectiva. En cuanto a la misma O. N. U., es posible que una de las intervenciones más objetivas y moderadas sobre el Próximo Oriente ante la XXIII Asamblea General fuese, en octubre, la del ministro francés de Asuntos Exteriores, Michel Debré, cuando, después de proclamar la convicción de que «cada uno de los Estados del Medio Oriente tiene derecho a vivir en seguridad», añadió que entre tanto «no debe admitirse ningún hecho consumado por la fuerza de las armas», pues las conquistas no pueden ser aceptadas cuando son una negación de la ley internacional.

De todos modos, es evidente que en el Cercano Oriente el conjunto de los Estados árabes o arabizados ha perdido actualmente así toda la línea de sus posiciones propias, que tiende a poner sus mayores esperanzas sobre la benevolencia de las grandes potencias (al menos en el sector mediterráneo oriental, puesto que a los cuatro países berberiscos o del Magreb les quedan otras muchas posibilidades especiales). Pero cualquier examen frío y analítico de las posibilidades geopolíticas en el Próximo Oriente de nuestros días lleva a la conclusión de que sus diversos países (a veces demasiado desarticulados y otras veces demasiado enquistados entre sí) necesitan una especie de eje rector central, algo que desempeñe un papel semejante a los que en otros siglos quisieron desempeñar lo persa aqueménide y lo macedonio alejandrino; desempeñaron, en general, Roma, Bizancio y los jalifatos árabes, o sólo en ciertos sectores el Sultanato de Estambul, el persa

sefevida y el indostano de los «Grandes Mogoles». Es decir, un núcleo estatal singular o plural, pero sólidamente fijo.

Desde que se aprobó en la O. N. U. el proyecto de partición palestinesa en 1947 hasta la guerra de 1967 hubo muchas ocasiones en que, a pesar de las pugnas, los recelos y los choques entre los sionistas y sus vecinos (y parientes) árabes, hubiese podido surgir alguna fórmula de «agrupación local semítica». Pero desde el triunfo de la dureza que representan Moshe Dayan y Levi Eshkol, la fórmula semítica ha llegado a parecer impracticable. Dentro de Israel los partidos y movimientos izquierdistas que apuntaban a arreglos con los árabes han quedado desarticulados. En el lado arábigo las gestiones del presidente tunecino Burguiba y de ciertos políticos libaneses en pro de lo que llaman «razonable alternativa», dejando las actividades del «todo o nada», son rechazadas en El Cairo.

Entre tanto es muy posible que silenciosamente y sin propósitos premeditados, sólo por la reconstitución evolutiva de unas grandes posibilidades políticas y territoriales, las mayores y mejores perspectivas del Cercano Oriente tiendan a volver a un factor que estaba olvidado, es decir, el Islam. Las relaciones tripartitas que vinculan a las Repúblicas turca y pakistaní con la Monarquía imperial de Persa o el Irán constituyen un bloque de creciente solidez. Integradas primero con Gran Bretaña e Iraq un poco provisionalmente por el Pacto de Bagdad de 1955, desde 1958 quedaron Gran Bretaña y los otros tres en la C. E. N. T. O. (Central Treaty Organisation) como pacto de seguridad mutua y desarrollo económico. Turquía es, además, miembro de la O. T. A. N. desde 1952. Pero después los tres Estados islámicos de la C. E. N. T. O. intensificaron su cooperación propia con una especie de alianza más estrecha, o sea, la R. C. D. (Región Cooperation for Development), creada en 1964 y que tiene su sede oficial en Teherán. La R. C. D. no se proclama política ni menos bélica, pues sus fines declarados se extienden a la mutua ayuda en lo económico, lo técnico y lo cultural. Pero la firmeza de su mutuo apoyo se muestra en todas las ocasiones, sobre todo respecto a sus actuaciones dentro de la O. N. U. y en sus simpatías a la causa de los árabes y arabizados. Entre Turquía, Irán y Pakistán reúnen 151.000.000 de habitantes, lo cual hace de ellos la mayor fuerza del Islam. Y en cierto modo el grupo tripartito puede considerarse flanqueado en los 14.000.000 de habitantes del Afganistán, aunque este último país no haya firmado ningún pacto.

Respecto al conjunto de los países de la Liga de El Cairo, los Estados

de la R. C. D. vienen proclamando (como antes se ha dicho) su «apoyo a la causa de los árabes». Así dijeron juntamente los tres jefes nacionales turco, iranio y pakistaní en agosto de 1967 y han venido reiterando continuamente, aunque hasta ahora dicha ayuda no ha sido directa, sino, sobre todo, de apoyo a las deliberaciones y votaciones de la O. N. U. Pero incluso desde lejos o desde fuera los tres Estados del grupo de Teherán desempeñan un papel de contrapeso. Por ejemplo, para ayudar a tratar de impedir que el «Middle East» vuelva a ser exclusivamente un sector «vacío» para llenarlo las grandes potencias.

Esto lleva, aunque sea desde un ángulo oblicuo, a uno de los problemas capitales que determinan los rumbos del Este mediterráneo después de la segunda Guerra Mundial, es decir, el de la acción soviética respecto a ciertos países arábigos, sobre todo la R. A. U.

En agosto del corriente 1968 el ministro de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S., Andrei Gromyko, envió a su colega egipcio, Mahmud Riad, un mensaje de congratulación por haberse cumplido «un cuarto de siglo» de relaciones diplomáticas entre El Cairo y Moscú. Gromyko añadía que posteriormente la revolución egipcia de 1952 había servido para reforzar los lazos de una cooperación multiforme «en bien de nuestras dos naciones, del progreso y de la paz universal». En realidad, lo fundamental de la conmemoración estaba en el hecho de que el primer nexo de Egipto con Rusia se hubiese establecido durante la segunda Guerra Mundial, precisamente por una presión británica sobre los gobernantes del tiempo del rey Faruk, que no se mostraban muy propicios. Entonces era cuando las tropas del Eje mandadas por Rommel y replegadas poco a poco desde El Alamein hasta Túnez tuvieron que capitular. Dentro de la Unión Soviética la ofensiva hitleriana había fracasado también y el ejército alemán que había llegado al Cáucaso se retiraba atropelladamente a través de Ucrania. Los aliados querían proclamar por todas partes su solidaridad y obligaban a sus forzosos satélites del Próximo Oriente a seguir el mismo camino.

Hasta 1956 la acción soviética sobre el conjunto del Cercano Oriente no pasaba de una propaganda indirecta en la cual acentuaba principalmente los aspectos de apoyo al anticolonialismo, a los movimientos de reformas populistas dentro de los nacionalismos árabes, entonces sólo burgueses; los envíos de libros y folletos, etc. Los partidos comunistas locales que se iniciaron en Siria, en Egipto, en el Iraq, etc., tenían efectivos muy escasos y actuaban como extremos en las alas izquierdas de los partidos «progresistas» panára-

bes sin mostrar recibir consignas directas de Moscú. Inesperadamente, en noviembre del referido 1956 el ataque militar israelí contra Egipto por el Sinaí, ataque que precedió al anglo-francés contra Suez, fue lo que abrió las puertas a la acción rusa más extensa. La U. R. S. S. ayudaba a hacer la presa de Assuán y defendió a los árabes ante la O. N. U., ganando un enorme prestigio de confianza. La doctrina Eisenhower de 1957 ofreciendo ayuda norteamericana contra unas agresiones no especificadas fracasó tanto porque llegaba retrasada como por no estar bien explicada y porque se quería imponer más que solicitar.

Pero si los países arábigos del sector oriental comenzaron desde 1957 a desconfiar sistemáticamente de los Estados Unidos (sobre todo después del desembarco de tropas norteamericanas en el Líbano por petición de un semi-déspota local), no por eso estaban dispuestos a seguir decididamente a los rusos. Sobre todo porque entonces comenzaron a considerar que era muy difícil compaginar la rusofilia exterior con el panarabismo interior. En esto fue una fecha crucial la de la visita oficial de Nikita Jruschov a la R. A. U. en mayo de 1964. El 15 de dicho mes, Jruschov, Abdel Nasser, el presidente Aref del Iraq y el entonces presidente de Argelia Ben Bella inauguraron la primera parte de la alta presa de Assuam. Después de la visita (es decir, el día 25) se publicó un comunicado egipcio-soviético de mutua coincidencia; pero inmediatamente después tuvo que ser completado (y casi rectificado) con otro comunicado egipcio-iraquí, según el cual el jefe del Estado del país del Tigris y el Eúfrates aparecía como portavoz del sector de los árabes, que pedían una «amistad sin hegemonía».

Cuando, el 5 de junio de 1967, los gobernantes y los jefes militares de Israel tomaron la iniciativa del ataque contra Jordania y la R. A. U., se repitió (en escala muy ampliada) el fenómeno de que la acción israelí abriese indirectamente la puerta a una penetración soviética. Hasta entonces la presencia de Moscú sobre el Oriente árabe en general se apoyaba en palabras y en envíos de materiales técnicos. Pero desde que los buques de la flota de la U. R. S. S. anclan permanentemente en Port Said puede preguntarse hasta cuándo y hasta dónde irán los rusos en las aguas meridionales.

Es una incógnita que tiene tres sectores de conjeturas, es decir, el de las posiciones mundiales de Wáshington y Moscú, el de las consecuencias sobre Europa occidental desde el Mediterráneo y el de las repercusiones sobre los sectores del Próximo Oriente en particular. Concretándose aquí necesariamente sólo al tercer punto, hay que volver a subrayar el papel del

grupo Turquía-Irán-Pakistán, tanto respecto a las potencias como a los países árabes.

Por una parte, las potencias anglosajonas siguen siendo las más directamente vinculadas a los tres países de la R. C. D. en lo referente a abastecimientos militares y de equipos de valorizaciones industriales y análogas, así como en la distribución de primeras materias, como el petróleo iranio. Los tres mantienen con Gran Bretaña los lazos de la casi inutilizada C. E. N. T. O. (que en sus orígenes fue una prevención defensiva ante la U. R. S. S.).

Y desde 1954 el Pakistán ha sido miembro de la S. E. A. T. O. para el Asia sudoriental, junto con Norteamérica, Gran Bretaña, Australia, Filipinas, etc. Los barcos de guerra turcos han participado en las más recientes maniobras de la O. T. A. N. en aguas del Mediterráneo oriental.

Pero, por otra parte, Turquía valoriza el hecho de que sea ella la que tiene la llave para abrir o cerrar el paso de los buques soviéticos por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos. Por ahora se dan las mayores facilidades de tránsito, aunque los turcos dicen que ellos llevan una «contabilidad rigurosa del paso de esos buques», que en general invocan un derecho reconocido de ir a limpiar fondos en sus dársenas del Báltico, que son mejores. Pero también es cierto que desde que en la cuestión de Chipre los anglosajones no apoyaron a Turquía, el sentimiento popular turco ante los Estados Unidos es de acusada irritación. Cuando, el 20 de agosto del corriente 1968, al celebrarse el aniversario de la victoria que en 1922 Kemal Atatürk alcanzó sobre los griegos, aparecieron en Esmirna unos buques de guerra norteamericanos, su presencia fue interpretada como una afrenta a la dignidad del país turco (recordando que en aquella fecha buques norteamericanos apoyaron la agresión griega). Y cuando, en septiembre de 1967, el jefe del Gobierno de Ankara, Suleiman Demirel, visitó oficialmente Moscú se escribía en la Prensa de Estambul que «la amistad de una potencia vecina es siempre más segura que los pactos de alianza concertados con Estados lejanos».

En general, los turcos expresan ante sus todavía casi-aliados norteamericanos el sentimiento de decepción que en el período de 1950-1968 se ha ido extendiendo y afianzando en el Cercano Oriente ante todos los poderes ajenos a aquella región mundial. Por ejemplo, cuando en los sectores panarabistas más arraigados se recuerda ahora que al nacer Israel, en 1948, tanto la U. R. S. S. como los Estados Unidos ayudaron a su creación y cómo

en julio de 1967, después de la entrevista de Glassboro entre Johnson y Kosyguin, se expresó el mutuo acuerdo en que «Israel tiene derecho a existir». Los árabes se sienten así sacrificados a las maniobras de los «bloques», pero también se sienten sacrificados por muchos de sus propios gobernantes. Así parece que las evoluciones futuras en ese lado arábigo serán las de un reforzamiento de las oposiciones de masa, uniendo los extremos del panarabismo tradicional a la derecha y de una «revolución cultural» casi de estilo chino a la izquierda.

Parece también posible que ese espíritu disgregador de los árabes más impacientes y el núcleo de encuadramiento que representan los del grupo turco-persa-pakistaní tienden a establecer enlaces regionales. Al final de 1968 se habla insistentemente de un plan de «Liga del Golfo Pérsico» en la cual se unirían a la R. C. D. el Iraq, Kuwait y Arabia Saudí, para crear alrededor de dicho golfo un primer sector próximo-oriental reservado a los pueblos próximo-orientales.

RODOLFO GIL BENUMEYA.